

I

LOS CRITERIOS DE JUICIO

Una de las cosas más difíciles para la mayoría de los hombres, es hacerse cargo del punto de vista ajeno. Esa dificultad aumenta cuando se mezcla en el juicio de los hechos algo de pasión, de interés sentimental, o de conveniencia herida.

La guerra es, siempre, un caso típico de este género. Lo es más cuando afecta los caracteres y toma la extensión de la guerra europea actual, cuyas causas y cuyo desarrollo, ya muy complejos en sí, han aumentado su complejidad por la penetración o yuxtaposición de factores inesperados (a veces, ilógicamente producidos) o por la confusión que reflexivamente han traído quienes desean que tarde mucho en conocerse el origen inmediato del conflicto presente.

Pero no sólo conviene que tengamos cuenta de esa complejidad para no caer en la ilusión de que todo el mundo piensa co-

mo nosotros, sino que es indispensable hacerlo así para comprender por qué muchas gentes no saben explicarse las diferentes posiciones del espíritu español frente a la guerra, y también, para llegar a explicarlas, dando a cada una su verdadera significación.

En general, la guerra es un campo sumamente interesante de observaciones psicológicas. Los sentimientos que la provocan y los que de rechazo despierta, constituyen una excepcional piedra de toque para comprobar realidades del alma colectiva y descubrir faltas de civilización. El antiguo refrán que dice: «en la mesa y en el juego se conoce al caballero», pudiera doblarse con otro que dijese: «en la guerra se conoce el verdadero fondo ideal de los hombres, la entraña de su espíritu». Ese conocimiento envuelve, unas veces (las más), desengaños para quienes se fían demasiado de la apariencia que los estados de calma — durante los cuales están enfrenados muchos apetitos, y rige más fácilmente la lógica, — ofrecen a los observadores; pero también nos aseguran de la consistencia que ya tienen algunas conquistas de la espiritualidad sobre la animalidad.

Uno de los desengaños que no falta nunca en ninguna guerra, se refiere al criterio mediante el cual se distribuyen las preferencias, aplausos o simpatías de los que no intervienen directamente en la lucha. De ordinario, esa distribución obedece a previas concomitancias con uno de los países beligerantes, a quien se admira, de quien se han recibido influencias benéficas o con cuya política, tono ideal u orientación de vida, se está más conforme. He dicho que «obedece» la distribución de preferencias a esos motivos, y más bien debería decir que «parece» obedecer; por que si se observa con atención a través de experiencias pasadas y presentes, se verá otro motivo que sobrepuja a todos y que en los momentos críticos influye poderosamente (e inconscientemente, no pocas veces) aun en muchos hombres de los que con más efusión creemos dominados por motivos ideales (de «raza», políticos, humanitarios, etc.), en sus simpatías. Ese motivo absorbente es el de la fuerza, el del poder.

Muchísimos hombres se sienten atraídos francamente, sin reservas, por el factor más poderoso, y claro es que el poderoso, en este caso, es el militar: número

de soldados, espíritu guerrero, organización, medios materiales. Esos hombres, en tiempo de Filipo hubieran sido macedónicos; en tiempo de Napoleón, bonapartistas, etc. No hace falta que ellos mismos sean militaristas. Es posible que personalmente sean todo lo contrario, y, para su propio país, pacifistas a todo trance; pero en el conflicto ageno, sus simpatías irán resueltamente del lado del poderoso. Si éste, por una de esas aparentes contradicciones, logra ser vencido por el débil (o por una suma de débiles o de presumidos inferiores en poder), aquellos hombres de que hablo sentirán un verdadero dolor. En ellos carecen de fuerza consideraciones de derecho o de humanidad, que no siempre están del lado del débil, cierto es, pero que más difícilmente lo están del fuerte.

La psicología de los que así piensan, es muy sencilla y no requiere sondeos ni explicaciones. Es la que ha dominado por siglos y siglos en la gran masa humana; y hace mucho tiempo que filósofos e historiadores han visto y han dicho cómo se produce y en qué bases espirituales reposa. Cuando ha actuado, y en quienes actúa, se sobrepone a todos los «valores ideales» de la vida e incluso al instinto de propia

conservación, que parece olvidar el peligro que todos corren — unos hoy, otros mañana, seguramente, — de que el mundo esté gobernado por la fuerza material o, si se quiere, por la fuerza espiritual (toda organización guerrera es, ante todo, «organización» y, por tanto, cerebro) exclusivamente orientada hacia el triunfo de la dominación material.

Constituída ésta en ideal de vida, en aspiración básica de un pueblo (o de los directores de un pueblo carente de energía o de conciencia bastantes para no dejarse imponer esa norma; es decir, «inferior» espiritualmente y de alma esclava en último resultado), subordina «ipso facto» toda otra razón y todo otro sentimiento. Lo que estorba para el conseguimiento del fin perseguido, se atropella, llámese piedad, humanidad, derecho, trabajo, cultura, libertad, ciudadanía, respeto de la persona o cosa semejante.

Pero lo curioso no es que quienes piensan de este modo, como antes decía, se inclinan en cualquier conflicto ageno del lado de quien también sustenta ese ideal y, aparentemente o en realidad, es el más fuerte, y apetezcan su triunfo; sino que, en el fondo, «sientan» lo mismo muchos hom-

bres cuyo ideal de vida es otro, enteramente distinto y opuesto. Y, sin embargo, es así. Atended, cuidadosamente, en tiempo de guerra, a las conversaciones y discusiones que ésta suscita, y veréis cuán pronto brota, de labios de quienes *idealmente* están con el débil o con el injustamente agredido y por doctrina defenderían en todo momento la justicia y censurarían la imposición de la violencia, expresiones que revelan cómo les arrastra la sugestión del poder, la admiración de la fuerza bien organizada y el fanatismo del valor personal, y cómo *legítiman* la victoria del fuerte, sobre la base de *defectos* del débil; en vez de indignarse ante aquella y de lamentar las «buenas cualidades» que sirven para que el atropello se cumpla más fácilmente. Bastará advertir, en demostración de esto, el hecho importante de que en las discusiones sobre la guerra, y en noventa por ciento de los casos, lo que se discute y apasiona es el triunfo, real o supuesto, es decir, quien *puede* más, quien se halla en mejores condiciones para aplastar al contrario, y quien lo aplasta, en efecto.

El observador que en el orden de las luchas — por lo general incruentas — que en cada nación mantienen los distintos

ideales políticos, religiosos, jurídicos, etc., haya advertido cuan a menudo (y con cuanto peligro e inconsciencia también) los hombres de un bando se inclinan ante la fuerza de una individualidad (su *carácter*, que suele decirse; su acometividad; sus desplantes bravucones, etc.), que encarna la negación, a veces violenta y despreciativa, de todo lo que ellos defienden, y contribuyen así a mantener la fama de quien es su peor enemigo en el campo mismo a que la fama se refiere, no encontrarán raro que ocurra lo propio cuando el juicio tiene por objeto hechos y personas de otro país. No sólo no es raro, sino que es frecuentísimo, y constituye un primer hecho que deben considerar quienes se preocupan del estado de opinión respecto de la guerra, para darle todo el valor que tiene (pero no más), y saber que por bajo de ese criterio, superficial e irreflexivo en muchos, hay otro que una circunstancia favorable puede colocar en primer plano, haciendo que resurja la motivación ideal del juicio, superior al éxito y al fracaso.

Ese criterio de la fuerza, es, en sí mismo, desinteresado; tanto que, según ya he advertido antes, olvida que quizá la primera víctima del poder admirado y triun-

fante, sea el admirador, a la corta o a la larga. Muy distinto es el que ahora vamos a considerar: el criterio de la conveniencia. En España, le llamamos «sanchopancesco», pero con notoria equivocación a veces, ya porque obedezca a criterios elevados de interés nacional, muy lejanos del miserable utilitarismo que vive de la eventual ganancia del momento, ya porque, al contrario, emane de la victoria de un espíritu cicatero y egoísta, incapaz de sentir nunca, como Sancho Panza llegó a sentirla alguna vez, admiración por Don Quijote.

El criterio de la conveniencia puede ir ligado con el de la fuerza material, y así ocurre en esa última posición a que acabamos de referirnos; pero también va solo y sin preocuparse del éxito momentáneo o final, sino, únicamente, de la orientación que se debe seguir en vista de los intereses de un pueblo o de una clase importante, a los cuales hay que sacrificarlo todo.

En ambos casos, este criterio prescinde también de las razones jurídicas y humanas, de los intereses supremos de la civilización. ¿Quiénes, de los que luchan, son o han sido recientemente, amigos o enemigos? ¿De quienes se han recibido más

agravios o más favores? ¿De quienes se puede temer más el día de mañana? ¿Cuál de los beligerantes concuerda mejor en las líneas actuales de su política internacional con lo que nos conviene para la nuestra? Tales son las preguntas que se hacen, para fijar su posición, los dominados por ese criterio. En él siguen predominando las viejas ideas de egoísmo y disociación que han guiado hasta ahora, juntamente con la creencia equivocada de que cada país puede hacer su camino con éxito, cualesquiera que sea, en el resto del mundo, la suerte de las grandes conquistas humanas que se llaman cooperación, ayuda al débil, tolerancia y respeto de la justicia y del derecho pactado.

Suele ese criterio de conveniencia, característico de los hombres que se llaman «prácticos» (por no llamarles muchas veces de otro modo menos noble), de los cautelosos y precavidos, lograr éxito momentáneamente; pero a la larga, si el giro de los acontecimientos lo han llevado del lado de los que no vacilarán nunca en atropellar el derecho con la fuerza, el bien pequeño obtenido se trueca en dilatado mal; a lo menos, para quienes crean que hay algo más apetecible, para los individuos

y las colectividades, que el provecho a costa ajena, que deja sembrado el campo de odios y de apetecidos desquites, y trae aparejadas nuevas luchas, derramamiento de sangre y de lágrimas, pérdida de riquezas, de trabajo y de inteligencias fecundas.

Ese criterio no sólo tiene partidarios en las naciones que vacilan antes de resolverse a tomar parte en un conflicto guerrero que les afecta hondamente — y que en ellas pese mucho, no debe maravillar a nadie — sino también en las que decididamente no han de salir de la neutralidad, sean las que fuesen las razones que a ello les obliguen. Quizá, a veces, explica la misma neutralidad. Pero esto aparte, lo que interesa respecto de él (ya que su origen es tan natural que a todo el mundo se le alcanza, y por considerarlo así, con él cuentan y de él se valen en sus negociaciones los beligerantes antes y durante la guerra), es la fuerza mayor o menor que tenga el factor de los agravios recibidos y de los que se temen recibir; porque esto envuelve una enseñanza elocuentísima para los pueblos que en tiempos normales desprecian factores que estiman sin valor, y no vacilan en sembrar indiscretamente motivos de odio y de recelo.

Un tercer criterio es el político, distinto del internacional. En él no se trata de dirigir el juicio conforme a las conveniencias que en este segundo orden pueden originarse con el triunfo o derrota de un determinado beligerante, o simplemente con el mantenimiento de la neutralidad, sino de inclinarlo conforme a la orientación, afin o discorda, de la política *interior* que se considera preferible en un país, con la de cada uno de los empeñados en la guerra. Responde ese criterio a un egoísmo equivocado, dispuesto a sacrificar, no solo intereses generales humanos de que todos los pueblos participan, quiéranlo o no, pero también las conveniencias internacionales de la patria, que, si es preciso, se subordinarán a la liviana esperanza de que el triunfo de un beligerante signifique la imposición en el mundo de su régimen y sus doctrinas de gobierno, o al triste placer de contemplar la ruina de aquellos que no piensan, como quien así discurre, en materia de organización del Estado y de principios jurídicos.

Por muy raro que parezca este criterio, existe, y aún es muy fuerte en algunas naciones donde la pasión política supera al juicio sereno de las cosas, al sentido de

convivencia y de tolerancia sociales y aún a la comparación de lo que nacionalmente se perdería en otros órdenes con lo que ganaría una determinada orientación política, convertida por el fanatismo en panacea de todos los males y fuente de todos los bienes. Pero ese modo de pensar, al revés de los anteriormente expuestos, no puede ser nunca el de la totalidad de un país, sino el de un partido político, más o menos numeroso, o el de varios distintos, cuyas preferencias, por tanto, encaminándose a campos diversos, se contrarrestan, o, por lo menos, luchan entre sí. La cuestión estriba entonces en el poder respectivo de las distintas opiniones y en lo que pesa cada una del juego de la política interior en país donde se producen; pero claro que ni su punto de vista es exacto, porque el problema de las conveniencias internacionales de cada nación es casi siempre otro que su problema político interior, ni mucho menos es patriótico (aunque quizá pretenda serlo, por ver la salvación propia en el entronizamiento de determinado régimen), ni suele, en fin, corresponder a los problemas efectivos que cada guerra plantea.

De muy otro carácter es el criterio que se apoya en las afinidades o diferencias de

las llamadas «razas» y del tipo de civilización. Suelen ser muy a menudo estas dos bases de juicio, ficciones románticas, y cada día lo serán más, dada la creciente solidaridad de la vida internacional y la inevitable mezcla de elementos de que se forma la compleja trama de la sociabilidad moderna; pero como a diario también las agudizan y acentúan, de una parte el sincero amor a lo propio, (tan fácil a la penetración de la vanidad y, por tanto, a la diferenciación y apartamiento de lo ajeno, que cada vez se mira como más bajo e inferior), y de otra parte el interés político que procura valerse de los sentimientos que las ideas de raza y civilización común despiertan, (1) una y otra siguen siendo hoy (y seguirán siendo por tiempo indefinido) dos razones que laboran en la formación del juicio respecto de los conflictos internacionales. No cabe negar que hay en ellas una nobleza y una altura muy superiores a todo lo que se halla en los criterios precedentes, porque salen ambas de la

(1) Véase a este propósito mi traducción de los *Discursos a la nación alemana* de Fichte (Madrid 1898) y mi artículo *Los orígenes del patriotismo alemán Fichte*, en el n.º 56 (23 Enero 1915) de *La Esfera*.

estrechez nacionalista o partidaria y del imperio de la estimación de la fuerza como única o principal cosa valorable en la vida; pero no tienen las dos igual fundamento en la realidad, ni siempre, aunque tengan alguno, corresponde lo que de él se pregona a lo que verdaderamente exige.

El criterio de «raza» está ya desprestigiado, no obstante la flamante renovación de las teorías gobinianas (1); y cuando se discute en serio, científicamente (me refiero a las discusiones que no salen del límite de los pueblos blancos o europeos), se le suele abandonar a los primeros envites para buscar terreno más sólido. Es, sin embargo, este tema de la «raza», uno de los que más explota el lirismo político y patriotero (de patria grande y chica) para enardecer las masas, excitando el particularismo de cada grupo con desprecio de los demás, o para lograr adhesión de gentes afines por otros conceptos menos problemáticos.

(1) En rigor, esta renovación no es de ahora; tiene ya fecha. Véase los datos a esto concernientes en mi *Psicología del pueblo español* (Barcelona, 1902), cap. I. Gobineau está ya citado en la segunda edición de *La enseñanza de la historia*, que es de 1895, fecha en que las teorías de aquel autor se discutían mucho en Alemania y en Francia.

El concepto de «civilización» (latina, germana, anglo-sajona, etc.), tiene más fundamento. Es indudable que, hasta hoy, se han marcado históricamente, en los pueblos de Europa y de América, orientaciones y modalidades distintas en cuanto al modo de entender la vida y los grandes problemas de la sociabilidad y de la cultura, y que en lo fundamental de esas orientaciones coinciden varios pueblos, formando grupos diferentes. Cada grupo procura, como es natural, defender su modalidad propia y extenderla todo lo posible, disputando el terreno de difusión a las contrarias; y de aquí que, en caso de conflicto, cada componente acuda con preferencia (a lo menos, es lógico que acuda) a unirse con sus afines, máxime si encuentra en quienes los atacan manifiesta agresividad hacia los elementos comunes de organización y sentido, o le convencen (aunque no sea exacto) que estos corren peligro en el caso de una derrota.

Pero esta base real que el concepto tiene, se debilita mucho cuando se consideran cosas no menos efectivas; una, la particularidad que cada pueblo mantiene — más o menos viva y aguda, según sea la fuerza de su personalidad, — por debajo de

la orientación característica de su grupo, y aún la oposición de intereses que puede existir entre ellos; otra, el efecto igualitario que poco a poco se produce, merced a la penetración cada día mayor de unos pueblos en otros, que va reduciendo el número de las diferencias, no por absorción en un solo tipo, sino por nacimiento de nuevas resultantes del mútuo influjo. De aquí que pueda predecirse, para un plazo más o menos lejano, la desaparición real de muchas de las diferencias de civilización, por más que quieran artificialmente mantenerlas, para esgrimirlas luego como instrumento de oposición, de odio, de lucha, quienes ven de este modo el juego de los factores humanos en la historia y se hallan interesados en que no se modifique.

Hay, no obstante, un fondo irreductible de diferencias, que no es producto de pasajeras circunstancias ni del aislamiento de los pueblos, sino hijo sustancial de la personalidad de cada uno, que da su nota propia, nunca igual a la de otros, en el concierto de la obra común. La existencia de esa variedad no sólo es irreprimible (a menos de destruir la personalidad de que emana), sino absolutamente necesaria para la integridad de aquella obra común, que

será tanto más poderosa y eficaz cuanto más rica en contenido complejo de notas diferentes vigorosamente acusadas. El error empieza en el desconocimiento de esta verdad y se agrava con la intención, manifiesta en algunos casos, de reducir a una sola nota la vida humana, ya por odio a las ajenas, ya por orgullosa sobrestimación de la propia, que se cree la única digna de prevalecer, ya, en fin, por la sincera orientación unitaria y simplista de algunos pueblos (1). Cuando se manifiesta esa intención en cualquiera de las formas en que puede manifestarse, amenazando la existencia de civilizaciones bien caracterizadas pero de menor fuerza expansiva o resistencia (a lo menos, aparentemente), es natural que lo amenazado se defienda y busque apoyo en todo lo que le es afín. Si, pues, en una guerra existe esa amenaza, resulta lógico y está justificado que en su juicio tome parte ese criterio de las analogías de civilización o de los grupos que llamaríamos «culturales». De otro modo —

(1) Véase, sobre este punto, la hermosa lección de Arturo Farinelli, *Humanidad de Herder y concepto de las razas* (Catania, 1908), cuya doctrina he expuesto y comentado en uno de los capítulos de mi libro *Para la juventud*.

es decir, no existiendo ese peligro, — la adopción de aquel criterio es injustificada, y puede equivocarse radicalmente la posición debida en el conflicto.

A mi parecer, la posición espiritual de un hombre *moderno*, enemigo de la violencia, inflexible ante la injusticia, defensor acérrimo de la libertad, del derecho, de la independencia de los pueblos constituidos, es (en el caso de una guerra y por lo que se refiere a la inclinación de sus sentimientos y al juicio que de aquélla ha de hacer) muy diferente de las explicadas hasta ahora. Consistiría en abominar de todo lo que se dirija a destruir sus ideales; en no reconocer, ni indirectamente, valor humano (y por tanto legitimidad o justificación) en nada que signifique lo contrario de lo que él defiende; en no permitirse nunca la flaqueza de aplaudir, aprobar, ni aun tolerar en conciencia, ninguna cosa (por fuerte que sea y aunque venga mezclada con otras quizá aprovechables en lo futuro) cuyo resultado y cuya intención sean imponer violentamente un dominio o un estado de cosas que pugna con el derecho de los dominados.

Cuanto más victorioso sea el fuerte — si su fuerza la puso, como casi siempre

ocurre, al servicio de su egoísta provecho y de la violencia, — más enérgica debe ser la protesta de los hombres que piensan de otro modo, de aquellos en cuyo concepto el mundo debe estar gobernado por la ley jurídica y los procedimientos humanos; porque nunca hace más falta la reacción contra la injusticia como cuando, concretamente, ésta acaba de triunfar, preparando el camino a nuevos movimientos injustos.

Pero las almas viriles hasta este punto, incapaces de toda flaqueza en contrario, libres de todos los sedimentos que el antiguo modo de pensar ha dejado en la educación humana, son poquísimas: y de ahí que los motivos más poderosamente influyentes en lo íntimo de los juicios que respecto de una guerra agena formula la mayoría, sean los que antes hemos enumerado y no este último que nos ocupa.

¿Quiere ello decir que debemos desesperar del triunfo de los valores ideales?

No. Lo único que quiere decir, es que debemos estar en guardia contra las flaquezas de nuestro espíritu y cuidar algo más de la educación de los hombres del mañana en lo que se refiere a los altos cri-

terios de la vida, que a todo ciudadano importan.

Pero de todos esos criterios ¿cuál o cuáles son los que guían la opinión española en punto a la guerra actual?

## II

### LA NEUTRALIDAD ESPAÑOLA

No sé si al estallar la guerra tenían motivos, algunas de las naciones aliadas, para esperar que la nuestra tomase una parte activa en el conflicto; pero lo indudable es que nuestra neutralidad desconcertó la opinión extranjera, incapaz de comprender los motivos de esa actitud que no le parecía responder a ninguna lógica.

Induce a pensarlo así la extrañeza manifestada por muchos hombres respetables de Francia e Inglaterra y, más aún la interpretación que otros dieron al hecho, si es que esa interpretación no encubría un conocimiento real de nuestros motivos (o de algunos de los más poderosos de entre ellos), para así continuar haciendo atmósfera favorable a la intervención, como si la neutralidad careciese de fundamento sólido.

Piadosamente pensando, abandono la segunda hipótesis y acepto la primera que,

de todos modos (aunque aquella haya tenido realidad en algún momento y de parte de alguien), era muy natural. Si no inclinaciones oficiales, emanadas de los centros directores del Estado, Francia e Inglaterra — quizá más Francia — debían creer, a pesar de la dolorosa crisis de nuestras relaciones en 1912, que entre nosotros existían poderosas corrientes de opinión simpáticas a su causa. La solidaridad que los hechos establecieron a los pocos días de iniciada la lucha, entre esa causa y la de Bélgica, debió fortalecer, con toda razón, aquella creencia.

Y sin embargo, por rara unanimidad, salvo un conato de divergencia entre los «liberales» de Romanones, rápidamente ahogado, y la franca actitud de Lerroux y sus amigos, todos los partidos españoles mostraron su adhesión al Gobierno en la política de neutralidad que éste adoptó enseguida. Entre los hombres que la aprobaron, no podían ignorar Francia e Inglaterra que figuraban muchos simpatizadores con su causa, muchos, también, que hubieran deseado y desean hoy, el triunfo decisivo de los aliados. Esto, debiera haberles advertido que algo especial, no visible a simple vista, no reconocido en la

psicología de nuestro pueblo que corre válida entre propios y extraños (más en los extraños, como es lógico), había en el fondo del asunto; y que si la actitud de algún partido podía explicarse, más que todo, por el deseo de que no rompiésemos la neutralidad contra Alemania (presunta vencedora en un mes o poco menos), la de los liberales — tomada ahora la denominación en su más amplio sentido, que va desde los antiguos fusionistas a las izquierdas más radicales, — no se podía explicar así, ni de un modo ligero y ofensivo.

Sin embargo, dos meses después de estallar la guerra, un periódico tan importante como el *Times*, cuyos corresponsales en España han sido siempre hombres de cultura, de talento y de relaciones extensas en los círculos liberales, prefería adoptar una interpretación que a todos parecía cubrir bajo un mismo juicio. «España — escribía el *Times* — persistiendo en su inveterado apartamiento, observa la última fase de esa vida europea que algunas veces ha parecido echar de menos, pero que *nunca se ha dignado imitar*. Acaso sólo ella, de entre todas las naciones de Europa, haya podido declarar su neutralidad sin *arrière-pensée*, sin el nervioso temor de lle-

gar en un momento dado a verse en el caso de defender su declaración recurriendo a las armas. — Y no es que esta neutralidad signifique unanimidad, ni menos indiferencia. La instintiva actividad del español, la pasión por intervenir en toda controversia que presencia, ha trocado su objeto predilecto — corridas, Lotería, partidos de pelota — por el tema más atendible de una lucha mundial». Y más adelante: «El español escucha paciente cuanto se le relata; más luego mira los asuntos desde su punto de vista peculiar. Teniendo la suerte de que su política sea muy sencilla, no estudia las políticas europeas ni las de más países que el suyo propio, no obstante lo cual tiene respecto de Francia ciertas ideas desfavorables bien definidas y hondamente analizadas.»

El momento es demasiado trágico, demasiado graves los intereses que se ventilan en el campo de batalla y suficientemente hondos y desinteresados los motivos de simpatía que tenemos por la causa que simbolizan Francia e Inglaterra, para que podamos detenernos en discutir, o en contestar siquiera con ironía, las frases injustas y los errores que contiene ese juicio, demasiado general y absoluto en todo ca-

so. Cuando lo leímos aquí, a muchos españoles pareció mal camino para sumar voluntades; pero puedo afirmar que ni uno solo de los que habían formado ya su criterio en punto a la guerra y ese criterio les ponía de parte de los aliados, trocó su actitud por un movimiento de enojo. Estamos acostumbrados ya a los desdenes y, por otra parte, nos explicábamos todos el estado de espíritu de un periódico inglés en aquellas circunstancias.

Pero la explicación es característica, y en su tono absoluto, en su excesiva generalidad y en la falta de matices que ofrece (no obstante las noticias que le siguen y que utilizaremos en otro capítulo), señala bien, y es lo único que queríamos demostrar, la falta de estudio de las razones que nos decíamos unos a otros, sin misterio, incluso para convencernos a nosotros mismos de la necesidad de nuestra actitud.

Repito que en todo lo que voy diciendo me refiero a la actitud de aquellos elementos liberales que podían presumirse lógicamente como partidarios de los aliados y la mayoría de los cuales lo eran realmente, porque respecto de ellos se plantea sobre todo la extrañeza referida y, por otra parte, son los que tienen derecho a ser di-

ferenciados de otros elementos cuya posición es muy diferente. Prescindo, pues, tanto de la actitud de los grupos partidarios de Alemania (o contrarios a Francia e Inglaterra, que no es lo mismo, aunque todo vaya a parar a igual resultado), como de la del Gobierno. Las razones que aquellos tenían, en una gran parte, para oponerse a toda intervención (y, sobre todo, la del supuesto de que sería, de producirse, en favor de los aliados), son bien conocidas. En cuanto al Gobierno, no sé, ni me importa saber ahora, si en su ánimo pesaron otras consideraciones más o menos relacionadas con la paz de los espíritus en tierra española; pero seguramente, aquellos y éste tuvieron en cuenta también una parte de las razones que a continuación expongo.

En primer término, influía en nuestro ánimo una consideración que ningún patriota de ningún país tendrá por liviana, con solo que la piense con relación al suyo, si éste se hallase en las condiciones del nuestro, a saber: qué consecuencias tendría para España el esfuerzo que significa entrar en guerra. El comprometido estado de nuestra Hacienda; el novísimo renacer de nuestra vida económica nacional en que

están empeñadas las mejores fuerzas del país (nuestras reservas de energía, que la guerra había de distraer de su trascendental aplicación, decisiva para nuestro porvenir); el sacrificio que ya significa el empeño de Marruecos, donde están retenidos los más de los elementos militares de que podemos disponer y que no cabe desamparar sin peligro, a menos de renunciarlo, cosa a que no parecen inclinarse quienes podían tomar esa determinación, y que, probablemente, menos que nunca nos sería dado hacer si rompíamos la neutralidad: he ahí tres motivos fundamentales y de gran peso, que justificaban la vacilación.

Aún entrando en el terreno de las comparaciones y balances, lo que podríamos ganar política y territorialmente (en el caso de que esa fuera la compensación, dada la victoria), ¿sería mayor, más estimable y vital para nuestro porvenir, que todo lo que seguramente perderíamos, consumiéndolo, para la obra de nuestro robustecimiento interior en las cosas de que emanan más energías para un pueblo? Nadie que no sea un loco, ciertamente, despreciaría positivas ventajas para su patria, una mayor consideración política en el mundo, un mayor peso en las cuestiones

internacionales futuras, una parte del botín territorial que suele distribuirse en la hora de las liquidaciones; pero ¿qué valdría eso en manos de una nación agotada por el esfuerzo realizado para conseguirlo y, por tanto, probablemente incapaz para conservarlo o darle valor efectivo y útil? Por otra parte, ¿no es seguro que España servirá mejor a los fines de la civilización y podrá cumplir más intensamente la parte de colaboración que en ella le corresponde, si desarrolla las energías de todo género que en su vida actual apuntan, se fortalece interiormente y afirma su personalidad íntima, que si presta un auxilio momentáneo y no muy considerable a otras naciones, retrasando, por muchos años tal vez, el momento en que más útilmente puede servir a la humanidad?

No se trata, adviértase bien, de uno de esos casos de agresión que, como el de Bélgica, (y el de España, en 1808) justifican y hacen imprescindibles todos los sacrificios y hasta la ruina de un país, sino de un caso de cooperación a pueblos extraños, aunque con ellos nos liguen intereses ideales y políticos de mucha importancia.

Tales eran las graves consideraciones que nos hacíamos quienes sin pasión nos

planteábamos el problema. Nuestra conclusión no era la de que no queríamos, sino la de que no podíamos y, por ello, no debíamos.

Aguzando la discusión, llegábamos a la hipótesis de que valiese más el porvenir político que con la neutralidad quizá perdíamos, que las energías y elementos de vida consumibles en el intento, y entonces, nos retenía otra consideración: ¿qué es lo que realmente podemos ofrecer para la guerra europea? La cuantía de ello y lo que pesara en la contienda ¿vale la pena de romper la neutralidad? Y nos contestábamos, como antes, que nuestra marina en comienzos de restauración, nuestro ejército pequeño y comprometido en Africa, en gran parte, y la falta de medios materiales para nutrir su acción en campaña (cosas, unas, que saltan a la vista; otras, que oíamos decir a todas horas a los técnicos y que en las mismas Cortes se habían dicho), convertían en tan diminuto nuestro auxilio (dado que el valor personal juega en las guerras actuales en segundo término y sobre la base de los medios de acción, y acerca de él nadie discute), que realmente no parecía tan exigido el prestarlo. Se comprenderá que no nos ha-

cíamos esta confesión con ánimo alegre, sino con profunda pena; pero el momento no era para ahorrarnos sinceridades, porque se ventilaban en él cosas de la mayor gravedad.

Prescindo de otros motivos secundarios, no tan conocidos, que pudieron también pesar en el ánimo de quienes sabían de ellos. Los que acabo de exponer eran — y siguen siendo — demasiado importantes para que nadie extrañe su influencia en la decisión tomada. Puede haber error en ellos, y así lo pensaban algunos hombres a quienes no cometeré la ligereza de juzgar como menos patriotas que los participantes de aquella opinión; mas para quienes los veían y siguen viendo como verdaderos, tienen toda la fuerza que les corresponde, y necesariamente habían de motivar la actitud que motivaron. Nuevamente hay que decir que nuestra conclusión era: no *podemos*, no *debemos*.

Véase, pues, cómo no tenía la neutralidad de una gran parte de la nación española (aquella en quien principalmente había de fijarse la opinión ilustrada de Francia, Inglaterra y Bélgica), explicación tan pedestre, tan excéptica, como la que el *Times* apuntaba. Al hacerlo, el perió-

dico inglés confundía esa parte considerable de la España influyente, con la masa de nuestro pueblo (en especial, con cierta masa de él) para la que carecen de interés los problemas que trascienden del terruño, porque nadie se ha cuidado de educarla en la consideración de los grandes fines humanos y ni siquiera ha tenido, en punto a los internacionales de su misma patria, la persistente lección que hubiera podido darle una política orientada y definida de los gobiernos, desde hace mucho tiempo vacilantes y sin norte en tales asuntos. Pero esa masa no es la que decide en semejantes cosas, y no se la puede tomar en consideración para juzgar a los que realmente influyen en ellas.

Hay, no obstante, un factor espiritual, (a mi juicio muy decisivo, aunque actúa las más de las veces de un modo inconsciente), que afecta a todos los elementos sociales del país o a grandísima parte de ellos, en especial los que no se hallan vinculados a los viejos ideales de dominación externa y seducidos por el fantasma de la España de Lepanto y Pavía, no desdeñable, sin duda, y aun merecedora de gratitud a veces por parte de otros pueblos, pero anacrónica hoy y perturbadora en las cuestio-

nes actuales que ante todo nos apremian.

Constituye ese factor a que aludo un verdadero problema de psicología española. Mil veces ha venido a preocuparme y ha sido objeto de mis conversaciones con algunos discípulos y amigos; pero nunca como desde hace un año, a impulso de nuestro conflicto en Marruecos, antes, y del conflicto europeo ahora. Como frecuentemente ocurre, un hecho insignificante al parecer, me planteó el problema con toda claridad; ese hecho fué la llegada a mis manos de varios catálogos nuevos de libros ingleses, poco tiempo antes de que pudiera presumirse la proximidad y alcance de la guerra actual.

Titúlase uno de esos catálogos, *Los mejores libros para niños y niñas* y procede de *The Times Book Club*. Leí la lista entera, fijándome especialmente en las obras de carácter histórico y buscando contestación a esta pregunta que siempre me formuló en casos análogos: «¿Qué hechos, qué nombres desea grabar este pueblo en la memoria de sus hijos, los ciudadanos de mañana?» Y ahora, como otras veces, la contestación me dejó pensativo. *Sir Francis Drake, Sir Walter Raleigh, Lord Roberts, Nelson, Wellington, Las quince*

*batallas decisivas del mundo, Luchas por la bandera, La novela de la Armada real, Batallas de la Armada británica, Héroes de la Inglaterra isabelina, Héroes de la India moderna, Batallas recientes de los ingleses por mar y por tierra, La novela del ejército del Rey, Napoleón,.....* Por este estilo siguen los títulos.

Examiné el catálogo de láminas para las escuelas, que edita Franz Hanfstaengl. En la sección de retratos, encuentro, aparte los reyes y príncipes, a Coligny, Cromwell, Bismark, Moltke, Monk, Ruyter, Turena, Wallenstein, Wellington, Nelson,.....

Inglaterra no rehuye, sino que busca la familiaridad de sus niños con las imágenes y las vidas de los grandes guerreros, con los sucesos militares de la patria y de otras naciones modernas. Esos libros, esas láminas, no proceden de ninguna Asociación militarista o imperialista, sino de editores que se dedican a literatura y arte escolares y de autores que piensan en la pedagogía. No van dirigidos al gran público, al azar de quien quiera comprarlos, sino a la niñez de las escuelas. Significan todo un programa, todo un sentido de educación y de patriotismo.

No lo discuto, pero hago esta observa-

ción: en España ni se ha hecho eso, ni quizá sería posible hacerlo. Las clases directoras en España y, por otros motivos, el pueblo todo, no son patrioterías, ni aun patrióticas; menos aun guerreras y militaristas, salvo quizá una pequeña parte de la extrema derecha. Una vez más la leyenda desmentida por los hechos. Se nos cree violentos, peleadores, hasta crueles; se nos moteja de chauvinistas y cultivadores de la leyenda nacional en el sentido político y guerrero que ésta suele tener; y lo cierto es todo lo contrario. La tendencia casi intuitiva de los hombres que representan hoy entre nosotros las ideas modernas, que se preocupan por la cultura, que conceden valor a la educación, es rehuir todas esas enseñanzas relacionadas con nuestras «glorias» militares; es desdeñar (o más bien temer) Numancia y Sagunto, Trafalgar y Lepanto, Bailén y Arapiles, Pizarro y Hernán Cortés, o, por lo menos, procurar que los niños olviden esos nombres o les concedan escasa importancia. El gran Costa, en una reacción circunstancial contra entusiasmos artificiales que nunca fueron de la masa, contribuyó a remachar aquella tendencia con sus famosas «tres vueltas de llave al sepulcro del Cid».

¿Dónde están nuestra literatura patriótica, nuestros relatos en formas amenas y populares, de aquellas páginas análogas a las que otros pueblos consideran grandes páginas de su historia? ¿Dónde están esos libros, esas láminas que corresponden a la leyenda que de nosotros se ha hecho? Ni los tenemos, ni parecemos quererlos. Si los *quisiéramos*, si hubiera entre nosotros una corriente de opinión (en el pueblo, o en los llamados «intelectuales») análoga a la de otros países, los tendríamos, mejores o peores, es decir, *mejores*, porque los hubieran escrito o dibujado (como en Inglaterra y otros países, muchas veces) plumas adiestradas en la literatura o lápices de artistas ilustres. Galdós, con sus *Episodios Nacionales* para niños, es una excepción (1). Nuestros tratadistas de metodología suelen recomendar ante todo la historia civil, la de la cultura, los hechos *humanos* más que los *nacionales*, y pasan ligeramente, como distraídos, al lado de los guerreros, sin comprender, por lo común, la significación que pudo corresponderles

(1) Cuando se escribieron estas líneas, no se había aún publicado el *Hernán-Cortés* de Emilia Pardo Bazán. ¿Pero qué significa un libro, por bueno que éste sea?

en la formación de la patria actual. Y todo ello obedece a nuestra orientación dominante, la real y verdadera en nuestro espíritu, no la aparente fundada en la opinión o los propósitos de una minoría que dispone del gobierno. Esa orientación dominante es resueltamente opuesta a toda aventura imperialista, a toda guerra, a casi todo gasto militar.

Este es el hecho, y a título de hecho de nuestra psicología colectiva actual lo consigno. Razonando sobre él pudiera decirse — alguien lo ha dicho ya, por lo menos en conversación íntima, — que España (la España nueva, *intelectual y popular*) ha salvado lo que algunas doctrinas consideran como un estado histórico de los pueblos, el estado conquistador y chauvinista, y se mueve idealmente en el plano superior del pacifismo y del concepto «humano» tocante a las relaciones nacionales y a la conducta de los hombres como instrumentos de civilización.

Naturalmente ocurre preguntar: ¿aciertan o se equivocan los españoles que piensan así? En esa nota característica de nuestro espíritu actual ¿hay un progreso o un retroceso? ¿Quién tiene razón, las más poderosas y cultas naciones del mundo

cultivando sus glorias militares, o nosotros procurando olvidarlas y aun, a veces, sonrojándonos de ellas? Y en otro orden de consideraciones ¿no será este sentimiento una consecuencia pasajera de la actual inferioridad internacional en que nos encontramos, en vez de ser fruto íntimo y maduro de una elaboración espiritual consciente de su dirección y de sus resultados nacionales? ¿No estará llamada a desaparecer el día que las cosas cambien?

Los dos aspectos o partes del problema son de indudable interés, psicológico y práctico. El primero plantea una cuestión grave. Siendo así España, y si continúa siendo así ¿no acentuará su inferioridad internacional respecto de las demás naciones que educan a su juventud en un sentido diametralmente opuesto? Y aun en el orden de la vida interna ¿no es ese camino una dificultad insuperable para el fortalecimiento (en cierta medida, que ahora no puedo explicar, también para la *formación*) del sentimiento nacional, por la visión y el sentimiento de la patria española? ¿O es, por el contrario, ese modo de pensar actual, consecuencia de la falta de patriotismo que todos notamos en el país? No se dirá que son cosas baladís las

que en estas preguntas se agitan. Envuelven la cuestión entera del porvenir de un pueblo, y merecen preocupar a éste, para contestárselas; y según lo que se conteste, para rectificar su pensamiento o para afirmar con valentía su posición quizá excepcional en el mundo.

En cuanto a la otra parte del problema, a la cuestión del origen y esencialidad, o accidentalidad, de la nota psicológica que venimos examinando, tiene un interés de especie distinta, aunque a la postre también refluya sobre el aspecto práctico del asunto. Se ha observado repetidamente — lo bastante para ser casi observación vulgar, — que el patriotismo (un entusiasmo, en el fondo), crece cuando la fortuna es próspera, disminuye si es adversa. Lo que en alguna capital española se dijo ante el anuncio de que vendría sobre ella, en 1898, una escuadra norte-americana, es prueba reciente de ese hecho frecuentísimo. ¿Se hallará en igual caso toda la corriente española a que venimos refiriéndonos?

El asunto es tentador para un psicólogo. Requeriría su examen — como tantas otras veces — una investigación histórica sobre los orígenes de aquella actitud, sobre las

influencias de pensamiento que hayan podido crearla o impulsar su aparición en el espíritu de nuestros contemporáneos; y una investigación propiamente psicológica sobre el arraigo y alcance de ella en el pensar y en el sentir de los que la forman.

Ni una cosa ni otra se han hecho aún. Los autores que modernamente han escrito acerca de nuestro carácter, de nuestras ideas, de nuestro modo de ser, no han visto el problema o lo han rehuído. Y él sigue ante nosotros como un esfinge perturbador que pide sea desvelado su secreto; porque no hay nada peor, en la vida de los individuos y de las colectividades, como una creencia que no se sabe si ha llegado a verdadera convicción, o sobre cuyas consecuencias no se ha preguntado el sujeto que la tiene, aunque forzosamente ha de hallarla a cada paso, actuando como móvil y orientación, en su conducta pública y privada.

\*\*\*

Me ha retenido la consideración de este problema — episódico en el asunto principal del capítulo — más de lo que me había propuesto al comenzar a escribir acerca de él. No lo creo perdido, pero

vuelvo a mi tema. Esa disposición espiritual de una gran mayoría de nuestro pueblo (clase media y obreros) y de todos o casi todos los «intelectuales» de orientación liberal, ha influido también en la actitud dominante acerca de la guerra. No queremos luchas armadas, no queremos derramamiento de sangre y gasto de energías patrias en conflictos guerreros. Nada de esa índole es aquí, hoy por hoy, popular, ni nos entusiasma. Y semejante opinión ha pesado hondamente en muchos, en los más, para resolverlos sin vacilación, y aun contra otros argumentos intelectual o sentimentalmente formulados, en pro de la neutralidad. Como se ve, estamos a cien leguas de sanchopancismos, de mezquindades utilitarias y de indiferencias ex-cépticas. Quizá hay otras naciones neutrales a quienes con más razón podrían aplicarse esos juicios. El estado de opinión a que me refiero, tiene en España una base de seriedad que merece ser seriamente considerada y que corresponde a la esfera de motivos ideales, equivocados o no, pero dignos de respeto (1).

(1) No digo que no haya entre nosotros egoistas para quienes la situación de neutralidad es la mejor porque les procura

Tan fuerte lo estimo, que aun creo ha de resistir a las intemperancias de algunos germanófilos, única cosa capaz, si no existiesen los obstáculos dichos, de hacer cambiar la actitud de España, poco paciente cuando se le quiere obligar con amenazas aun a lo que, fuera de ellas, le parece muy puesto en razón.

ventajas económicas. Pero esos son los que siempre han antepuesto su conveniencia al interés general y aún al de la patria; y de esos hay en todas las naciones.